

PALABRAS CONCLUSIVAS DE LA 51ª SEMANA NACIONAL PARA INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA

Madrid, 23 de abril de 2022 / Antonio Bellella, cmf / Director ITVR

Después de casi 30 horas aquí sentados, 10 conferencias y 5 comunicaciones, 17 breves saludos que juntos ocupan muchos minutos, turnos de preguntas con sus glosas y apostillas, un concierto-oración, alguna que otra homilía y, como colofón, una presentación de libro... supongo que estamos cargados de palabras y tan llenos de ideas que tardaremos unos días en asimilarlas. Probablemente, nuestra capacidad de atención está tan mermada que quizá sintamos la tentación de desconectar.

No sigamos por tanto apelando a la agudeza racional o a la acumulación conceptual. Hagamos por un momento el ejercicio de aparcar el lenguaje académico, olvidando el bisturí de los conceptos, las categorías, los análisis, las deducciones, los pequeños resúmenes y las grandes síntesis, para dejar que fluya, como se decía a sí mismo Don Quijote, la razón de la sinrazón. Aquello que, aunque solo se intuye, en realidad, abre camino y despierta la inquietud. Y para inquietaros un poco, permitidme que os dirija tres preguntas que son a la vez otras tantas propuestas: ¿por qué no levantamos la tapa del cofre de la memoria, abriendo el tesoro de nuestro corazón inquieto y, hurgando dentro de él, buscamos las monedas que en estos días lo han enriquecido? ¿Por qué no abrimos de par en par las ventanas de nuestros párpados, para que nuestros ojos, además de mirar, puedan ver, de suerte que podamos contarnos primero a nosotros mismos y luego transmitir a los demás lo que hemos visto y oído en estos cuatro días intensos? ¿Por qué no despertamos nuestra capacidad de asombro y, renunciando por un momento a meter el dedo en la llaga, como exigía el apóstol Tomás, intentamos sintonizar con los momentos, los hechos, las situaciones que desde el pasado miércoles han avivado la fuente del deseo profundo que nos motiva, han tocado la vivencia interna que nos sostiene y han dado aliento a la experiencia que articula nuestra cotidianidad?

Os formulo estas preguntas, porque también me las planteo a mí mismo. Por eso en esta conclusión no quiero detenerme en reflexiones abstractas, sino compartir con vosotros, primero lo que he visto, después lo que he oído y finalmente lo que he aprendido. Y digo aprender no en el sentido de adquirir un conocimiento, sino en el aprehender, o sea, asir algo con las manos de la memoria para luego repartirlo con generosidad.

1. ¿Qué he visto?

⇒ No he visto a la Vida Consagrada, no he visto un concepto ni una noción abstracta que pretenda englobar el contenido de una forma de ser y vivir en el Iglesia; he visto a personas consagradas, hombres y mujeres cuyos ojos brillaban y cuyo corazón ardía, algunas cargadas de años y de historias, otras más jóvenes, anhelantes de hacer que su vida sea vida en el Señor de la Vida, y que sus búsquedas de autenticidad y su voluntad de entrega colmen su ser, y le den sentido. No he visto un concepto, he visto personas.

- ⇒ He visto una danza, no porque hayamos bailado, sino porque uno de los iconos de nuestra semana, al que hasta ahora no se ha hecho referencia en ningún momento, es el de la danza de la Trinidad, una versión adaptada de un logotipo muy usado por algunas iglesias evangélicas. Lo tenéis en el faldón de este atril, lo tenéis en el friso del escenario, en el membrete de los esquemas, en las imágenes de los videos. Tres personas que bailan, una de color verde, otra azul y otra roja, juntas forman un corazón, están lejos y cerca de la vez; no danzan pegados, se sostienen sobre una mínima base y aunque juntan sus pies en el suelo parece que vuelan; las líneas que dibujan sus cuerpos al bailar generan un recipiente, una especie de vacío que evoca una honda vasija de la que brotan el amor, la vida, la gracia, la fuerza, la sabiduría, la gloria y la alabanza. Tres relaciones en una, una relación en tres.
- ⇒ He visto un pantone, es el otro icono de esta 51ª Semana, un abanico de relaciones, una paleta de colores desplegada, sostenida por unas manos (me gusta pensar que son las de Dios) y abierta para que todos puedan contemplarla: distintos colores, distintas tonalidades, distintas mentalidades, distintos enfoques, distintos efectos, distintas dimensiones... Todas relacionadas entre sí. Al igual que los presentes, al igual que nuestra Iglesia y nuestras congregaciones, hombres y mujeres de toda raza, lengua, pueblo y nación, caminando juntos hacia el Cordero, sostenidos por él, y entonando a una sola voz el cántico nuevo de una relación nueva.
- ⇒ He visto muchos rostros jóvenes en la Semana, casi el 50 % de los asistentes a nuestra Asamblea tiene menos de 35; y no solo los asistentes, ha habido incluso un ponente de 28 años. Acostumbrados como estamos a reuniones donde casi todos se consuelan diciendo que acumulan varias juventudes, en esta quincuagésimo primera Semana Nacional de Vida Consagrada ha abundado la desabundancia de años. ¿Os habéis dado cuenta de que casi todas las preguntas las han hecho los jóvenes? ¿No habéis sentido que al igual que el verlos nos alegra, el escucharlos nos despierta? Su sola presencia parece despejar algunas nubes que cubren el cielo de la alegría del Evangelio.
- ⇒ He visto que un buen número de los ponentes de la Semana forman parte de equipos de trabajo de diversa índole y precisamente por eso han sido invitados, no hemos querido mirar a las estrellas solitarias sino a las constelaciones que brillan juntas, justamente para subrayar el mensaje expresado en el lema de la semana; conscientes de que la fuerza y la magia de la relación generan nuevos modos de ver la realidad, interpretarla y de intervenir sobre ella. Menciono alguno de estos equipos: el de la Facultad de Teología de la UPSA, la UNINPSI de Comillas y el que forma el profesorado de la Facultad de Teología de dicha Universidad, el Equipo RUAH de las religiosas Vedrunas o el equipo HUMANIZAR de los religiosos camilos y, también, nuestro propio equipo del ITVR-ERA que ha querido tejer con otros un entramado de colaboración en la búsqueda común de la Verdad que nos alegra.
- ⇒ He visto lo que no hemos visto... Es decir, en ningún momento hemos visto a 9 de cada diez participantes en la semana. Imaginad por un momento que al lado de cada uno de nosotros hubiera 9 personas más ¡Aquí no cabrían! Pero están, formando parte de la asamblea virtual. He aquí el signo de un tiempo distinto que ha venido para quedarse, y poco a poco está configurando sus espacios, plantando su tienda. ¡Cuánto me hubiera gustado contemplar la sonrisa y estrechar la mano de quienes no han podido estar aquí! No los he visto, no los hemos visto, pero sentimos la corriente positiva que genera su presencia ausente. Un pequeño detalle, las

visualizaciones acumuladas desde el miércoles pasado permiten afirmar que además de los asistentes reales en sede y los presentes virtualmente, varios cientos de personas más ya se han asomado a los videos de la Semana de este año.

2. ¿Qué he oído?

- ⇒ No me duelen los oídos de haber oído muchas veces la primera persona del plural del presente de indicativo del verbo ser: somos. Somos de Cristo, somos relación, somos en relación, somos hijos e hijas, somos hermanos y hermanas, somos peregrinos y peregrinas, somos cuidadores y cuidadoras, somos adoradores y adoradoras. ¡Qué bien suena decir somos! ¡Qué importante es subrayar el sentido de pertenencia! ¡Qué grande es vivirse en vinculación! ¡Qué gran verdad encierra este palíndromo, es decir, esta palabra que se lee igual al derecho y al revés! Dicen que los números capicúa dan buena suerte, ¿quién sabe si los palíndromos también la dan?
- ⇒ Llevamos ya dos años oyendo una serie de términos que hemos interiorizado, una catarata de mantras que se depositaban en nuestra alma, reseándola como pequeñas dosis de veneno: confinamiento, aislamiento, cuarentena, alejamiento, distancia social, mascarillas (o como dicen en algunos lugares tapabocas), guantes, grupo cerrado, prevención, trajes de protección, encerramiento, etc... Estrategias necesarias, versiones nuevas de aquel antiguo «sálvese quien pueda» que traemos de serie al nacer, a modo de alarma que salta en momentos de peligro. Necesitábamos oír otras palabras: las que aquí han resonado, no como estrategias ocasionales sino como claves constitutivas de nuestra identidad de seres humanos. Dejadme desgranarlas, recordarlas, pronunciarlas para que se hagan realidad: relación, nosotros, diálogo, cercanía, cuidado, tejido, entramado, coloquio, filiación, rostros, fraternidad, adoración, sororidad, peregrinación, acompañamiento, soledad sonora ... etc. Ciertamente no hemos creado un nuevo lenguaje, una jerga que sonara a ese triunfalismo funerario contra el que ayer nos prevenía Fray Abel de Jesús; tan solo hemos recordado que en el diccionario hay también otros términos y necesitamos oírlos porque hablan de lo que somos. A veces parecemos inmunizados ante las palabras positivas, y excesivamente expuestos a los virus de términos que suenan como la trompeta del ángel del apocalipsis y despiertan el fragor de olas portadoras de malos augurios; oigamos el lenguaje del corazón que es el de la sobredosis de comunión que mencionaba el cardenal Bocos al principio de estos días.
- ⇒ He oído pocas veces la palabra de moda, el término talismán como decía José Cristo Rey hace unos días, me refiero a la palabra «sinodalidad». Sin embargo, esa es la palabra que ha inspirado el tema de esta semana ¿Puede reprocharse a la Semana que no haya sido en sí misma un taller de reflexión sinodal, que se ocupado de dirigir la atención hacia una categoría que subyace al proceso sinodal, despertando nuestra conciencia de ser piedras vivas, relacionadas entre sí, en el empeño de edificar la Iglesia? Creo que este reproche no ha lugar, y sigo preguntándoos, ¿Acaso no hemos hablado implícitamente de caminar juntos, de comunión, de participación y misión? ¿Acaso no hemos mencionado la base comunional que nos sostiene?... que nuestro origen está en un Dios Trinidad, que nuestra identidad creyente es relacional y nuestro destino es caminar juntos hacia la comunión de los santos ¿Acaso no hemos

abierto caminos para establecer esas nuevas relaciones que la Iglesia hoy nos pide? ¿Acaso no sentimos que se nos ha ofrecido una clave, una extensión (una apertura fundamental) que ayer nos decía Ricardo de Luis citando a San Agustín, para interpretar nuestro hoy y releerlo con ojos distintos, para frecuentar un nuevo futuro? ¿Acaso no se nos ha sugerido comprometernos del todo en la puesta en marcha de procesos –peregrinajes– que convoquen a todos a transformar nuestro ser, nuestra comunidad, nuestra Iglesia, nuestro entorno, nuestro tiempo, nuestra actitud fundamental ante la vida, nuestro encuentro vital con Cristo... para así rehacer la comunión y repensar el fundamento? Es verdad que no hemos tratado monográficamente el tema de sinodalidad en este encuentro, pero ciertamente salimos de él con la conciencia más clara de lo que la sinodalidad significa y con las claves para entender mejor qué supone y significa el camino de la Iglesia en el siglo XXI. La sinodalidad no puede ser un maquillaje, o un contorno de ojos que camufle las arrugas de la mirada; solo si «somos relación y somos en relación» caminaremos juntos en participación, comunión y misión.

⇒ Finalmente, he oído los verbos de la relación. Dejadme desgranar algunos de ellos: despertar, mirar, abrirse, conectar, ser con, alargar, intercambiar, discernir, cualificar...

3. ¿Qué he aprendido? O como os decía al inicio de esta síntesis, ¿qué he aprendido? Solo tres breves puntos:

- Repito con el gran maestro Sócrates, «solo sé que no se nada», y no es hablar por hablar. Me he dado cuenta de que cada ponencia, cada bloque, cada “somos” hubiera bastado para organizar un simposio o un ciclo de conferencias. ¿Por qué digo esto? Porque escuchando a los conferenciantes y percibiendo las inquietudes que han quedado en el grupo, al final he sacado la consecuencia de que hemos abierto el apetito, despertado el interés, suscitado preguntas, empezado a construir caminos. ¡Cuánto nos queda pendiente de reflexionar! ¡Cuánto nos falta por aprender! Pero, al mismo tiempo, permitidme una pequeña metáfora, nos llevamos una semilla de luz, el fermento de la conciencia renovada de la transversalidad de la relación. Es como si en el centro de esta aula se hubiera roto un espejo y cada uno, cada una, se llevara una esquirla de la luz de esa verdad relacional que es el espejo íntegro; y que nosotros, solo caminando juntos, en relación profundizada y enriquecida, continuando la reflexión y en el camino de la vida, podremos contribuir a recomponer para volver a mirarnos en él.
- La segunda es que, como ayer recordábamos con San Agustín, la relación es una extensión y que, en la correcta relación, a imagen de Dios, nos extendemos sin invadir, ocupamos sin destruir, nos estrechamos sin desaparecer y nos ampliamos sin reventar, nos hacemos sin disolvernarnos y vivimos desviviéndonos. En relación nos reconocemos en aquello que somos internamente; en la conciencia de que todo es don, nos descubrimos en la realidad del otro. Al lado del otro contribuimos a crear estructuras nuevas, que generan un mundo distinto, reflejando esas semillas del Verbo que están en todo, ese don divino latente y presente en donde menos lo esperamos. En relación, nos situamos en el tiempo como memoria, contemplación y expectación, en un presente distinto, cargado de presente, relativo porque es presente pero absoluto en la posibilidad que nos da de relacionarnos. En relación,

miramos el espacio no ávidamente, como aves carroñeras de la creación, sino como criaturas. En relación, adoramos a Dios en espíritu y en verdad, en un camino de purificación que colma todo anhelo y descubre todo misterio.

- El tercer aprendizaje es el que el anuncio del Evangelio es fundamentalmente una propuesta relacional, y que la relación con Dios y con su hijo Jesucristo, en el Espíritu, posibilita la evangelización. Solo con concienciarnos de que somos hijos e hijas, hermanos y hermanas, peregrinos y peregrinas, cuidadores y adoradores ya estamos evangelizando, ya estamos haciendo una nueva propuesta de vida, proponiendo reformas de estructuras y colaborando en la construcción de un mundo distinto. Porque para evangelizar no basta con llenar las iglesias de fieles ni tener muchos feligreses, no es suficiente con organizar un sistema educativo de referencia, fidelizando al alumnado y los colaboradores; no es subrayar el sello de la excelencia de nuestras actividades, ni ponderar el número de pacientes que atendemos en los hospitales o de pobres que hacen fila en nuestros comedores sociales; aún más, ni siquiera es llenar noviciados o asegurar el funcionamiento de nuestras comunidades como si fueran un reloj suizo, perfectamente precintado. Evangelizar es ante todo Amar, y amar es vivir una Relación nueva, la que nos descubre la Pascua que estamos celebrando.

La última palabra solo puede ser GRACIAS.